

Evitar el derrumbe: el arte como recurso crítico de la sociedad civil frente al discurso de la modernidad

Diego Contreras Sánchez

Magister en Derechos Humanos. Docente, Dirección de Humanidades, Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

diego.contreras@ustabuca.edu.co

Como en “*next floor*”, el cortometraje de Dennis Villeneuve, también nosotros parecemos atrapados cómodamente en un succulento banquete sin fin, sentados alrededor de la mesa de la modernidad hemos comido con voracidad de sus platos y de sus promesas: el progreso, la razón, la técnica, la ciencia, el mercado, la democracia. A semejanza de los comensales grotescos del viejo edificio, seguimos engullendo aun cuando el suelo bajo nuestros pies comienza a ceder. Uno a uno, los pisos caen, colapsan, pero el ritual continúa, los platos continúan sirviéndose y nadie se detiene. Tampoco se pregunta si hay otra manera de habitar la mesa o si quizá debimos, hace mucho, dejar de comer y empezar a estar en la mesa de otro modo.

Este número de Espiral, Revista de Docencia e Investigación del Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI) abre con una exposición gráfica titulada “Regreso”, nacida en las aulas, pero que se rehúsa a quedarse allí. Se trata de una experiencia estética y pedagógica construida durante el primer semestre del 2025 junto a estudiantes de Humanidades en el marco de los cursos de Filosofía institucional y Cultura teológica. Desde el enfoque decolonial se diseñaron y ejecutaron 18 obras artísticas – 10 poster y 8 maquetas- con un objetivo común: cuestionar los pilares ideológicos del mundo moderno y repensar el lugar de las humanidades en la configuración de futuros más justos, más humanos y menos destructivos.

La propuesta parte de una conclusión: el arte no constituye únicamente una forma de representación sensible, sino que es también una modalidad de pensamiento, una herramienta crítica y un acto en potencia de transformación social. Las obras producidas reflejan la postura por parte de los y las estudiantes frente al relato hegemónico de la modernidad, ese mismo que ofreció una promesa de redención universal a cambio de una única cosmovisión, de una sola manera de habitar, representar y organizar el mundo. En este contexto, el ejercicio de creación artística se consolidó como una estrategia pedagógica decolonial, que partió de ver el aula como un espacio de reflexión epistemológica y estética, en respuesta a la mirada crítica del sistema-mundo moderno. En consecuencia, cada obra se convierte en una propuesta ética que articula crítica, sensibilidad y también posibilidad a otras formas de ser y actuar.

Por ejemplo, la obra “Alta suciedad” de Diego Sanmiguel, Isabella Landazábal y Verónica Dávila, denuncia una democracia desigual en la que el privilegio se hereda y la dignidad se reparte como una ficha en un juego amañado. En “Desconexión” Miguel Orduz, David Molina, Nathaly García y Santiago Otálvarez se representa un mundo hiperconectado, pero emocionalmente aislado, en él los vínculos humanos se diluyen bajo la lógica de la eficiencia. “Piel ajena” de Fabio Cañas, Laura Rincón y Erick Rojas, confronta el deseo moderno de poseer sin límites al evidenciar la violencia silenciosa detrás de lo que se ha nombrado como bello y consumible.

Por otro lado, el formato poster presenta “Callados” de Nicolas Bernal Ayala y Karym Giseth Roa, allí se interpela el silencio cómplice del Estado que ha fallado en proteger la vida en Colombia; mientras ¡Flesh! de Juan Fernando Álvarez Cala denuncia la cosificación del cuerpo, tan característica del mercado moderno donde la humanidad misma se vuelve un producto listo para el consumo.

Es de observar que las obras en esta exposición no se limitan a evidenciar los efectos o consecuencias ya mencionadas del mundo moderno, sino que también dentro de su alcance hay otra pretensión urgente de la educación que se centra en interrogar la noción misma de humanidad, que en muchos sentidos y bajo los efectos de los procesos civilizatorios ha señalado arbitrariamente qué vidas merecen ser reconocidas, qué saberes son dignos de ser transmitidos y bajo qué métodos, y cuáles cuerpos tienen derecho a existir sin violencia.

Señalado lo anterior, las obras no solo ofrecen una crítica a las condiciones históricas que nos han traído hasta hoy, sino que habilitan el imaginario hacia futuros posibles, habitados desde otras formas de pensar, de sentir y de convivir. Por eso las obras exigen repensar el lugar de las humanidades, ya que si estas disciplinas desean tener un papel en la configuración del porvenir, deberán -y es mi propuesta- retomar dos posiciones: por un lado, rememorar la máxima que señalaba la escuela de Frankfurt una vez terminada la segunda guerra mundial: “el único propósito de la educación es evitar que Auschwitz se repita”; por otro lado, las humanidades se deben proponer volver a ciertas preguntas fundacionales pero resignificadas desde las urgencias de nuestros días: ¿Qué significa hoy ser humano en un mundo al borde del colapso? ¿Qué formas de vida y de comunidad queremos preservar, imaginar o inventar? ¿Qué otras humanidades, aun por nombrar, resultan necesarias y viables?

Como en “Next floor”, nos encontramos en un momento de quiebre, pero a diferencias del desenlace fatal del cortometraje, aquí aún existe una posibilidad de intervenir, de parar. Y el arte en ese propósito, desde su potencia imaginadora puede ayudar a desarticular la lógica instrumental de consumo y también alentar desde la memoria, la sensibilidad y la comunidad. Así, esta exposición constituye un testimonio concreto de que la crítica no está reñida con la belleza y que la formación humanística, lejos de estar retirada, puede y debe desempeñar un papel central en la desarticulación de las estructuras que sostienen la desigualdad global, la devastación ecológica y la violencia que es simbólica y material.

Desde estas páginas, invitamos a los lectores a adentrarse en las obras sin complacencia, dispuestos a dejarse afectar, incomodar y conmover. Que cada pieza funcione como un llamado a la reflexión activa, como una fisura en la aparente solidez del mundo que habitamos, y sobre todo como un recordatorio de que, cuando el piso comience a crujiir bajo nuestros pies, es tiempo de dejar de comer y empezar a imaginar de manera colectiva y radical, otras formas de sentarnos en la mesa.